

ala de una inmensa mariposa en actitud de ascender.

Ha quedado sobre el plan un espacio que se señala por la ausencia del edificio que soportará, —el breve templo de blanca columnata jónica, que alumbrará la mirada de la estatua de Pallas, y por cuyo propileo, un día lejano, cuya certidumbre es una bella esperanza, desfilará el «coro armonioso de las nueve hermanas».

En tanto ese día llegue, cumplimos el deber de escuchar y satisfacer las hondas voces de la sociedad actual.

Hemos opuesto al intelectualismo aristocrático, el naturalismo democrático, porque vivimos un momento en que la historia moderna organiza lo que será su obra maestra o su quiebra: la democracia.

Será la escuela quien ha de formarla cabalmente, venciendo duras resistencias y limpiándola de las pasiones que la lucha por triunfar instiló en ella.

La escuela preparó la revolución democrática y es su misión concluir la.

La tendencia vocacional, por oposición a la tendencia cultural, debe ser hoy la dirección de la enseñanza. Quiero decir con vocacional, la enseñanza que prepara para una más activa participación en la vida y con cultural la que solamente enriquece el espíritu o aumenta la capacidad de pensamiento. La primera significa destreza para hacer, la segunda una aptitud de comprensión, la primera es ejecutiva, la segunda es contemplativa.

El estado actual del pueblo en nuestro país impone la tendencia vocacional, —no por decisión doctrinaria, porque no es un problema académico, sino un problema político y social.

Multipliquemos las escuelas vocacionales y apliquemos el método creador de la personalidad y estimulador de los sentimientos sociales.

Mirad con el ojo izquierdo la instrucción misma y con el ojo derecho las condiciones morales que forman el carácter y constituyen la razón de la eficacia para la acción y para el bien: que el niño sepa, sobre todo, pensar, pero que antes que eso sea leal, bueno, valiente y alegre.

Sé que la nobleza moral sin el control del conocimiento puede llevar al fanatismo, pero el conocimiento, la erudición, la ciencia, sin nobleza moral llevan al escepticismo que es el suicidio, la negación del amor, que es el alma del mundo.

El niño formado con este criterio pragmático, por oposición al intelectualista, será a su turno un creador generoso de vida y no un espectador egoísta. Solamente así podrá llenar su papel de miembro de una democracia, porque tendrá la devoción necesaria por los ideales colectivos y la abnegación para servirlos.

De otro modo el egoísmo lo hará presa, y cometerá el error vulgar de creer que es más feliz viviendo para sí, indiferente a la suerte de su pueblo, siendo que ha perdido la ocasión de experimentar el goce mayor, el de sentir su vida pequeña y limitada multiplicarse al infinito al confundirla con la de los demás hombres y con el universo.

Todo el espectáculo de discordia, de luchas, procede de ese egoísmo que la escuela ha de extirpar: de él derivan el encono, la rabia, que por ahí pululan, la maledicencia que es la forma más refinada del odio y la expresión de una conciencia inquieta y soberbia.

Yo sé que la corriente democrática, cuyo encausamiento y cuyo triunfo son la tarea de la escuela, se desborda y se desvía, —se desborda y desvía en cuanto olvida su principio de amor, se desborda en cuanto olvida y reniega del pasado, sin cuyas porciones vivas y fecundas no podrá construir el porvenir, en cuanto desdeña a los grupos selectos que han preparado con su ciencia, su ascetismo o su clarividencia las conquistas que han dado a las masas

populares su actual poderío; se desvía en cuanto se muestra incapaz de tolerancia o de abnegación y su encrespada soberbia olvida que la democracia no dará la felicidad sin término y sin sombras, porque el hombre es un ser esencialmente limitado en sus medios, en su fuerza, en sus mismos deseos.

Señoritas maestras: Los antiguos inscribían en sus anillos o en sus libros íntimos un lema, una sentencia filosófica, que era como una frase interior amiga y siempre presente, conductora de la vida. Al despediros a nombre de la Universidad, permitidme que os ofrezca una, que sintetiza mis votos: *amor y paciencia*; tienen el secreto de las dos grandes fortunas de la vida: la paz y la esperanza.

Permitidme también que a nombre del Consejo directivo de la Universidad presente a la señorita directora de esta escuela y a sus colaboradoras, el público testimonio de su simpatía y de su respeto porque lo merecen profundos, quienes cumplen tan valientemente la envidiable obra de consagración absoluta a la cultura moral e intelectual de seiscientas niñas.

LOS ACAPARADORES

EL diario inglés *El Observador*, publica en edición de 7 de setiembre último, un artículo de Mr. Ignatius Phayre, en que estudia las disposiciones oficiales que hoy dictan contra los acaparadores los países asolados por la guerra. Mr. Phayre asienta dos bases cardinales:

1ª Que las leyes son poco menos que ineficaces contra esa clase de gente, fundándose en el viejo aforismo de Santo Tomás: *Quid faciant leges, ubi sola pecunia regnat?*; y,

2ª Que los verdaderos acaparadores y los más temibles, son los *trust, corporations, consolidations*, o como se les quiera llamar.

Habla especialmente de la *United Fruit Co.*, y de cómo ha vencido a la misma Inglaterra en su colonia de Jamaica. ¿Qué diremos y qué haremos los pobres colombianos luchando contra esa Compañía?

La parte relativa a Jamaica está escrita así:

JAMAICA EN EL PUÑO

Pero el dominio americano más absurdo sobre nuestros alimentos no se ve en ninguna parte más flagrante que en Jamaica, cuya presente pobreza se debe en gran parte al puño que la *United Fruit Co.* mantiene sobre ella. Nuestras Islas Indicas del Occi-

dente vieron una magnífica oportunidad de progreso cuando el banano se popularizó entre nosotros, y buques refrigeradores traían la fruta en grande escala; pero vino el trust americano, suplantó a los plantadores y fijó el precio hasta para los vendedores ambulantes de las calles de Londres. Sir Alfredo Jones quiso aliviar a Jamaica fundando una línea de vapores en Bristol, pero el pulpo ganó la batalla y puso otros tentáculos sobre el Caribe. Los plantadores nativos estaban tan desamparados que no podían pagar sino pequeños salarios. Por un racimo de 100 bananos se pagan de 2 chelines a 2 chelines y 2 peniques; si tiene menos de 100, el precio se rebaja hasta la mitad. De aquí el malestar en estas preciadas islas y las protestas contra la esclavitud económica, mientras que la *United Fruit Co.* de New York duplica, y aún más, sus ganancias.

Jamaica paga excesivos gastos de importación a sus «dueños» extranjeros; si, en cambio, hubiera recibido solamente 3 chelines por el racimo de bananos, en la última década, la isla se hubiera beneficiado con £ 10 000,000. El mercado, en estas condiciones, es tiránico y malo, a despecho de las más plausibles alegaciones. «No hay duda, dice el *Comercial* de New York, de que no debe permitirse que un solo grupo de hombres acumule tamaño poder».